

—¡Adios, nodriza! dijo entonces Máximo en voz muy baja.

—¿Se va V. sin saber las novedades que hay arriba, señorito? dijo la buena Francisca: hay gente nueva... dos señoritas sin padre ni madre...

—Ya sé lo que necesitaba saber, mi buena Francisca; adios.

—Pero ¡Dios mio! ¿á dónde va V. á parar? Yo quiero saberlo. ¿Dónde podré buscarle?

—¡No lo sé, repuso Máximo, no lo sé! ¡Adios, adios, mi querido Juan!

—¡Piense V. en que le queremos como á un hijo, señorito! dijo el cocinero al ver que ya se habian retirado los criados: aquí estamos para todo lo que se le ofrezca.

Máximo no contestó á estas palabras, ni quizá las oyó; lanzóse al camino y trepó á la punta saliente de una roca.

—¡Adios! exclamó con un ahogado sollozo que no pudo contener: ¡adios, sitios en que tan bellos dias he pasado, y en los cuales creí habitar en tiempo más feliz!

Bajó, dichas estas palabras, y emprendió su penoso camino alumbrado á intervalos por la pálida luz de la luna, que se escapaba de nuevo de entre negras nubes.

V.

Los dos ayudantes del tio Juan subieron los manjares, que componian la cena, hasta un hermoso comedor situado en la parte del mediodía de la casa: á la puerta del comedor, tomaban los platos dos lacayos, los collocaban en una mesa dispuesta para trinchar, y despues los pasaban á los comensales, bajo la presidencia del maestresala que dirigia el servicio.

La ancha escalera de piedra del castillo conducia á un espacioso vestibulo adornado con cuadros pintados al óleo en madera, de raro mérito y de remota antigüedad.

Pasábase luego á un recibimiento con honores de salon por su anchura y la inmensa elevacion de sus techos.

Allí se abrían muchas puertas; pero como ahora nos dirigimos al comedor, nos abstendremos de recorrer las demás habitaciones del castillo.

Una de las puertas del salón conducía á una estancia octógona, en cuyo centro, y sentados en derredor de una mesa ovalada, podremos ver á todos los individuos de la familia señorial del castillo.

El duque de la Estrella, anciano septuagenario, era el jefe de ella: estaba sentado á la cabecera de la mesa, y le rodeaban tres encantadoras criaturas.

Era el duque de elevada estatura, y se conocía que en tiempos no muy remotos había sido también robusto y grueso; mas á la sazón se hallaba espantosamente demacrado á causa de crueles padecimientos físicos: un cáncer en el estómago le consumía lentamente hacia muchos años, y solo la excelencia de su temperamento le conservaba aún la vida, si vida puede llamarse una existencia débil y llena de dolores.

Era su cabello escaso y cano; su tez blanca y pálida; sus ojos claros, serenos y dulces, pero hundidos por el dolor bajo sus cejas canas y poco pobladas.

Su ancha frente, cruzada de profundas arrugas, retrataba la inteligencia y la bondad: su nariz larga y su boca fina tenían un sello singular de grandeza y distinción: á pesar del cruel estado de su salud y de su mucha edad, el duque vestía con esmero: un pantalón de medio color, chaleco gris y frac color de castaña componían su traje, que se quitaba al levantarse de la mesa para envolverse en una bata de terciopelo y encerrarse en su cuarto, donde, recostado en un ancho sillón, veía acabarse rápidamente su vida.

Á su derecha, estaba sentada una niña de trece años, cuyo cabello casi rojo hacía un alegre contraste con sus ojos color de pizarra con vetas negras.

Esta niña, cuyo nombre era Victorina, comía mucho, hablaba más, y se movía sin cesar en su silla.

Era nieta del duque, la última hija de su hijo único, muerto, lo mismo que su esposa, hacia algunos años, y hermana de Constanza, la joven habitadora del palacio, cuya vista hizo tan honda impresión en el viajero.

Llevaba un vestido de seda de color de

lila, con una gran pañoleta de la misma tela, orlada de encaje negro.

Sus cabellos, muy espesos y cortados, guarnecían su frente con numerosos bucles de un color encendido y agradable; pero era tal la fuerza de aquella rizada cabellera, que se enrollaba sobre su frente formando como un turbante natural y brillante, y dejando descubiertas sus sienas, de una alabastrina blancura.

Victorina era no muy alta, y gruesa para su edad: sus manecitas blancas y redondas formaban muchos hoyos, y sus dedos cortos acababan en una uña afilada y de color de rosa.

El que hubiera levantado el largo mantel de Alemania que cubría la mesa, hubiera visto sus piernas, cubiertas con un pantalón de batista con volantes de encaje blanco, y sus pequeños piés, calzados de raso turco, mecerse sin cesar y con un movimiento rápido é incansable.

Enfrente del duque y de Victorina había sentadas otras dos jóvenes de diez y ocho y diez y nueve años de edad.

Eran hermanas, según lo atestiguaba ese parecido que se llama *aire de familia* y que

se revela en los movimientos mucho más que en las facciones.

Sidonia, la mayor, era blanca, con cabellos castaños y ojos negros: era extrema la sensibilidad de su mirada, y muy dulce la expresión de su sonrisa: algunas señales de viruelas injuriaban su rostro de un óvalo perfecto: su nariz, algo levantada, y su boca grande, la alejaban mucho de la perfección; pero era tal la bondad y la dulzura que estaban escritas en aquel semblante, que hacían olvidar todos sus defectos.

Una rara expresión de mesura y de prudencia era lo que más resaltaba en ella y lo que la atraía el cariño instantáneo de cuantos la miraban, pues es bien sabido que, cuando la fortaleza del ánimo va unida á la sensibilidad del corazón, son muy pocos los seres que se libertan del ascendiente que ejercen.

Su estatura era alta y esbelta: largas y finas sus manos, flexible su talle y pequeño y corvo su pié.

Vestía un traje de merino gris con botones y lazos de terciopelo turquí; cuello estrecho y liso de azulada blancura, y puños

estrechos, como el cuello, que volvian sobre la manga de su vestido.

Su hermana se llamaba Genoveva; era ménos alta que Sidonia y más corpulenta; su tez morena era rosada y fina; en sus negros ojos brillaban la vanidad, la petulancia y el afan de dominar: reia con frecuencia, pero siempre tan burlonamente, que aparecia mucho más simpática la dulce gravedad de su hermana que su insolente alegría.

Su trage era más vistoso que el de Sidonia, y al mismo tiempo más lujoso y elegante, aunque menos adecuado á la hora: una bata de tela de seda fuerte, de fondo azul claro con flores blancas y follaje verde, se escotaba en su pecho con poco decoro: las mangas de su trage, huecas y bastante cortas, dejaban ver debajo otras de gasa blanca, recogidas en la sangría con lazos azules; á cada lado de su frente, lucia un copioso grupo de sortijillas rizadas, hechas con sus cabellos cortados.

Los criados pusieron delante del duque una sopa de almendra hecha muy clara y con el mayor esmero, y sirvieron á las jóvenes pollos, trinchados con el más raro primer, y cuyo asado habia sido objeto de

la exquisita vigilancia que hemos visto desplegar en la cocina al viejo y excelente Juan.

Victorina y Genoveva empezaron á comer con apetito, en tanto que el duque, inmóvil, con los ojos casi cerrados y los labios comprimidos, parecia ocuparse en dominar un agudo dolor.

Sidonia, que conocia el juego de aquella fisonomía venerable, le contemplaba con dolor y sin tocar á su plato.

—¿No comes? le preguntó Victorina, que estaba muy lejos de comprender hasta dónde llegaban los padecimientos de su abuelo.

Sidonia no respondió.

—Esta cree que se hace así más interesante, dijo Genoveva con acento burlesco; pero, añadió, ¿á quién piensas interesar aquí con tus dengues?

Tampoco dió la jóven respuesta alguna á estas mordaces palabras, y siguió mirando al anciano con creciente angustia.

—¿Cuando nos iremos á Madrid, abuelito? exclamó Victorina sin dejar de comer y sin mirar al duque. Genoveva dice que es muy hermoso y que esto parece un desierto.

—Genoveva hace muy mal en decirte eso,

querida mia, dijo Sidonia saliendo al fin de su arrobamiento doloroso y mirando severamente á su hermana.

—¡Bah! ¿Ya te pones sentimental? exclamó la imprudente jóven con una carcajada: se lo digo porque es verdad; ¿qué hacemos aquí? ¿En qué nos divertimos? Victorina y yo en vestirnos y desnudarnos cinco ó seis veces al dia para probar el efecto de nuestros trages: tu en rezar, leer y llorar; como no te dé por coger la aguja y coser como una labriega.

—Es lo que debo hacer, hermana, y lo que debias hacer tú tambien, contestó Sidonia en voz baja y contenida: que haga todo eso Victorina, nadie puede llevarlo á mal, porque es una niña de trece años, y además una rica heredera; pero que lo hagas tú, que ya has cumplido diez y ocho y que eres una pobre huérfana sin más amparo que el que esta casa te concede, es una cosa muy culpable.

—¿Y quién me culpará? ¿Los grajos que tienen sus nidos en estas peñas? ¿Nuestros criados, ó los palurdos que habitan la cercana aldea de San Simon?

—Nosotras *no tenemos criados* que nos

puedan culpar, observó Sidonia; pero acabemos la cuestion, hermana, puesto que, por más que me esfuerzo, no puedo hacerte comprender nuestra verdadera posicion.

Sidonia acabó de pronunciar apenas estas palabras: habia visto perder el color al anciano duque y vacilar á este en su asiento, y se levantó con tal precipitacion de la mesa para acudir á su socorro, que derribó una gran parte del servicio que tenia delante.

—¡Pues! eso es! dijo Genoveva; ¡el diablo predicador! ¿He hecho nunca, por ventura, un estrago como este? ¡Si lo hubiera hecho, pobre de mí!

La jóven no oyó las palabras de su hermana: ocupábase en sostener la cabeza del duque y aplicar á su helada nariz un frasquito de sales que sacó de su bolsillo.

—¡Vaya V. al instante á buscar á D. Venancio! dijo Sidonia dirigiéndose á uno de los criados que servian, y que azorados, como el maestresala, no sabian qué hacer ni á donde acudir: vaya V. al instante!... Ha dicho que iba á San Simon á ver al señor cura... vaya V. á caballo, y lleve otro de la brida para que monte en él D. Venancio.

—¿Has visto qué buena traza se da mi

hermana para dar órdenes y hacer de señora, á pesar de su modestia y humildad? observó malignamente Genoveva al oído de Victorina.

—¿Pero qué ha de hacer si tú no vales para ello, ni yo tengo edad para mandar? respondió la niña, cuya índole era generosa y buena á pesar del constante mal ejemplo que le daba Genoveva.

Esta no respondió: llenó sus bolsillos de dulces secos de los que habia en la mesa, y empezó á tararear una cancion muy de moda entonces y que ella tenia entre sus papeles de música, acompañando su melodía con el choque de su cuchillo y de su vaso.

—¡Mi abuelito está malo! observó tímidamente Victorina, que temblaba ante los bruscos arranques y las mordaces burlas de Genoveva.

—¡Calla! dijo Sidonia á su hermana en tono severo.

Mas esta, como si nada hubiera oído, continuó su cancion con acompañamiento.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! Esto no se puede sufrir, exclamó Sidonia echando sobre su hermana una mirada de desesperacion, en tanto que por sus mejillas resbalaban lá-

grimas de cólera; ¿qué he de hacer contigo, hermana? ¿Cuándo querrás entrar en razon? ¡Ah! ¡me matas!

—¡Bah! ¡Bah! ¡Pamplinas! contestó Genoveva sin dejar su música.

—¡Silencio! dijo á este tiempo una voz grave y fuerte que hizo enmudecer á todos.

Sidonia se volvió con alegría, Genoveva con enojo, y Victorina con sorpresa.

En el umbral de la puerta estaban don Venancio médico del castillo, y D. Fernando cura párroco de la aldea de San Simon.

## VI.

Eran los recién llegados dos ancianos de casi la misma edad, pero muy distintos en su aspecto.

D. Fernando, el párroco, tenía la ancha frente de un sábio y la apacible é inspirada mirada de un santo.

Era de estatura mediana, corpulento sin ser grueso, y benigno sin ser débil: podría contar sesenta y seis años.

Dos menos contaba D. Venancio; era alto, muy delgado, austero y silencioso: sin embargo, el apasionado cariño, que profesaba al duque y á toda su familia, modificaba mucho la severidad de su carácter.

D. Venancio debía al duque de la Estre-

lla su carrera y su bienestar: hijo de padres nobles, pero pobres, nunca hubiera podido llegar á la altura inmensa en que se hallaba colocado en el mundo de la ciencia, á no ser por la amistad verdaderamente fraternal que debía al duque, y que pagaba á este con el más apasionado cariño y con la adhesión más heróica.

Así fué que cuando el duque le preguntó si sus padecimientos podrían tener alivio en aquel castillo solitario y lejos del bullicio de Madrid, le contestó afirmativamente y se ofreció á partir con él su soledad.

Nueve años hacia que ambos amigos se habían sepultado entre aquellas rocas en compañía de Constanza y Victorina, de diez y seis años entonces la primera y de cuatro la segunda: en tan largo espacio de tiempo, ni un solo día de descanso ó de quietud había tenido el duque; pero la profunda ciencia de su amigo y el constante estudio que él mismo había hecho de aquel mal pertinaz, habían contenido sus estragos, que no por ser más lentos eran menos seguros.

Pudiera decirse que D. Venancio había consagrado su vida entera al cuidado y ali-

vio de su amigo: por acompañarle, había renunciado á la brillante posicion que obtenia, no solo en Madrid, sino tambien en París, Lóndres, Viena, Lisboa, Berlin y otras córtes extranjeras, en las cuales era admirado y remunerado generosa y espléndidamente su profundo saber.

En cuanto al duque, era demasiado claro su talento para que se le pudiese ocultar que el término de su vida estaba decretado para en breve y que su enfermedad era mortal.

Como un beneficio agradecia á su amigo cada dia de vida que le daba, porque no hubiera querido abandonar la tierra hasta dejar asegurada la suerte de sus queridas nietas y de otro ser á quien amaba tanto como á estas.

Este ser era Máximo.

Dos años antes de la época en que yo he dado principio á esta historia, abrió las puertas de su casa á Sidonia y Genoveva, huérfanas de un valiente marino y de una mujer angelical que no habia podido sobrevivir á su esposo.

Su padre, casado muy jóven y sin los requisitos que previene la ley, nada pudo de-

jar á su viuda ni á sus hijas; y á la muerte de aquella, acaecida un año despues que la de su esposo, las dos niñas, de ocho años en aquella época, pasaron á poder de su anciana abuela, que cinco más tarde murió tambien dejándolas en una segunda y más dolorosa orfandad.

La abuela de las niñas habia sido amiga de infancia de D. Venancio; y este, conociendo que la enfermedad del duque no podria hacer por entonces grandes progresos, marchó á Madrid para ver si podia aliviar á aquella excelente anciana, que exhaló en sus brazos el último suspiro recomendándole á sus nietecitas.

D. Venancio queria volverse al lado del duque, y no supo cosa mejor que hacer de las niñas que llevárselas tambien.

Durante el camino, Sidonia iba triste y llorosa.

Genoveva cantaba pensando que iba á ver uno de aquellos castillos que habia hallado en las novelas que devoraba á escondidas de su anciana abuela.

En cuanto á D. Venancio, obraba con las dos jóvenes segun su gran talento y su carácter grave le aconsejaban.



Consolaba á Sidonia blandamente, é imponía silencio de vez en cuando á Genoveva con firmeza y seguridad.

Hé aquí explicadas ligeramente las relaciones que unian á los habitantes del castillo, personas muy interesantes de esta historia.

Fáltame solo decir que el párroco de San Simon, D. Fernando, se habia captado todas las simpatías del médico y del duque, por su bondad, talento y conducta evangélica con sus feligreses.

En cuanto á las dos huérfanas, se habian conducido segun podia esperarse de sus diversos caracteres.

Sidonia, dulce, agradecida, modesta y prudente, era un ángel que no podia menos de hacerse querer de todos cuantos la rodeaban; así, pues, el duque adoraba en ella, y mucho más desde el casamiento de su nieta Constanza con el marqués de Prado-hermoso un año hacia.

Genoveva, atrevida, ingrata, insolente y discola, se habia complacido en viciar todo lo posible, con su ejemplo y consejos, la excelente índole de la niña Victorina.

En el primer año de su estancia en el cas-

tillo, habia alimentado una extrema envidia hácia Constanza.

Se preguntaba á sí propia por qué aquella jóven, que solo poseia una belleza *bastante mediana*, habia sido dotada por la suerte de noble cuna é inmensas riquezas: en tanto que ella, que se reconocia *superiormente hermosa*, era pobre y tenia que vivir al amparo de aquella misma Constanza.

Estos envidiosos sentimientos no habian impedido, sin embargo, que procurase imitar el lenguaje, los hábitos y hasta el modo de vestir de la opulenta heredera.

En tanto que ella se entregaba á culpables desvarios, su hermana Sidonia, penetrada de gratitud hácia los favores del duque, nada perdonaba para demostrarle su ternura y respeto.

Desde los primeros dias de su estancia en el castillo, se habia encargado de la educacion de Victorina, que, por tener solo once años y carecer de madre, no la habia empezado todavía.

Sidonia la enseñó á coser, bordar, hacer flores, dibujar medianamente, y cantar al piano algunas canciones fáciles, pero de mucho gusto.

La pobre huérfana no podía hacer otra cosa, porque nada más sabía: toda su instrucción era obra de su afición al trabajo, porque todas vosotras sabéis, lectoras mías, que adelanta mucho más con menos elementos la que tiene afición á instruirse y á trabajar, que aquella á quien todo le sobra y está rodeada de maestros, si, por desgracia suya, huye con tedio las lecciones que se le prodigan.

—Tu eres el aya de Victorina, solía decir á su hermana, llena de enfado, la presuntuosa Genoveva.

—¿Qué mal hay en ello? respondía con su grata sonrisa la suave Sidonia.

—¿Qué mal? exclamaba con desden Genoveva; que si hubieran vivido nuestros padres, no te hubieran dado por cierto ese destino.

—Pero como Dios se ha servido llamarlos á sí, hemos venido á depender de la generosidad de unas personas extrañas, á las cuales debemos mostrar nuestra gratitud por cuantos medios estén á nuestro alcance.

—¿Y no te pesa el odioso cargo de maestra de esa chiquilla?

—¡No por cierto! La niña aprovecha mis

pobres lecciones supliendo su inteligencia lo que falta á mi capacidad, y me ama, que es lo que más deseo.

—Pues si tanto afán tienes de ser querida, no deben sentarte muy bien los desdenes de esa orgullosa Constanza.

—Conmigo no está desdeñosa, hermana: contigo sí; pero es porque ha conocido que tienes prurito de imitarla y de hacerte su igual.

—¿Querrás que crea que contigo está amable? ¡Si jamás habláis una palabra!

—Es cierto: yo no la incomodo con mis preguntas; soy con ella atenta y servicial, y nada más.

—¡Sí! ¡Y te levantas cuando entra donde tú estás!

—Ese es mi deber, y también el tuyo: nosotras, Genoveva, no somos iguales á la señorita Constanza. Dios ha colocado su sitio en el mundo algunos escalones más alto que el nuestro, y la caridad la enaltece más todavía: de nobles es el agradecer; y de débiles la envidia y la impaciencia, y el que ansia un lugar más elevado del que el Señor de todo lo criado le ha concedido, caerá en el abismo como el ángel Luzbel.

Por estas conversaciones podreis comprender, mis amados lectores, cuál era el carácter de las dos hermanas y cuánto se diferenciaban entre sí.

Cuando Constanza, olvidando el sagrado compromiso que tenia contraído con otro hombre, dió oído á las amorosas insinuaciones del marqués de Prado-hermoso, la rabia de Genoveva subió de punto: ansiaba su corazón no amar, como todas las jóvenes hemos ansiado á su edad, como ansiáis vosotras, mis lindas lectoras, aunque conteis alguna menos; ansiaba el brillo del gran mundo, el lujo, la pompa, los carruajes, la servidumbre, y todo esto iba á poseerlo aquella aborrecida Constanza, en tanto que ella, tan linda, tan fresca, tan coqueta, quedaba en aquel viejo castillo sin más admiradores de sus gracias que el anciano duque que no la miraba, y el adusto médico que la miraba con terrible enojo.

Sin embargo, Genoveva, como todas las naturalezas, sean malas ó buenas, pero que están dotadas de energía, tomó pronto su partido; se propuso ocupar, si no en todo, al menos en cuanto pudiera, el lugar de Constanza en el castillo.

Inútil es decir que este lugar no podia ocuparle en el corazón del duque, que idolatraba á sus nietas y conocia todos los defectos de la imprudente jóven; pero al menos le ocupaba en lo posible, remedando á aquella en su modo de vestir y en su arrogancia, y más de una vez temió Sidonia verse privada con su hermana, por las imprudencias de esta, del asilo protector que la caridad les habia abierto.

Este temor era, sin embargo, infundado: era tanta la nobleza, la generosidad del anciano duque, que ni por un solo instante se le habia ocurrido el pensamiento de arrojar de su casa á aquellas dos desgraciadas criaturas . . . . .

El anciano caballero fué trasportado á su lecho, y sangrado en seguida por D. Venancio en cuyo rostro se pintaba un profundo dolor.

El párroco se sentó á la cabecera y Sidonia á los pies del lecho, consolando en voz baja y dulce á Victorina que lloraba.

Pocos momentos despues de habersele hecho la sangría, abrió al duque los ojos, llevó

al pecho una manó, y dejó escapar ún quejido.

—Victorina... ¡hija mia!... llama al doctor, balbuceó con voz débil y angustiada.

—Aquí estoy, mi querido amigo, aquí estoy, dijo D. Venancio acercándose al lecho.

—¡Ah, bien! ¡Quiero que nos quedemos los dos! repuso el anciano dando muestras harto visibles de un sufrimiento desgarrador.

—Está aquí D. Fernando, objetó el médico.

—¡Ha venido? ¡Bendito sea Dios! exclamó el anciano con alegría.— Y luego añadió volviendo á su acento angustioso:—Que se quede D. Fernando, y que se vayan esas pobres niñas.

D. Venancio, sin hablar y con el gesto severo que le era habitual, señaló la puerta á Sidonia y Victorina, que salieron enjugándose las lágrimas.

—Ya estamos solos, dijo el médico, que hacia vanos esfuerzos por contener la emocion que le ahogaba.

—Bien... Ahora, amigo mio, prométeme responderme la verdad á lo que voy á

preguntarte, dijo el duque, que hacia algunos instantes se habia animado algun tanto.

—Lo prometo, respondió el doctor pero ¿á qué viene...?

—Necesito saber toda la verdad... así, dime, doctor... ¿cuánto tiempo me queda de vida?

Reflexionó profundamente el doctor antes de contestar: luego se acercó al enfermo, tocó las cavidades de su pecho, examinó sus ojos hundidos, y contestó con voz trémula, á pesar de su fortaleza:

—¡Diez días!...

—¿Nada más?

—¡Ni uno más!...

Y D. Venancio, despues de pronunciar con gran esfuerzo estas palabras, se dejó caer en un sillón y sepultó su semblante entre las manos.

—¡Es más de lo que yo pensaba!... ¡Gracias, Dios mio! dijo el duque alzando al cielo sus turbios ojos.

—Oiga V., señor cura; oye, amigo mio, continuó el duque, cuyo semblante habia ido tranquilizándose un poco: es preciso que yo les hable de una cosa tan secreta has-

ta hoy, que solo Dios, otra persona que ya no existe y yo la sabemos.

Los dos ancianos se acercaron al lecho.

El duque se incorporó y se dispuso á hablar; pero de súbito palideció horriblemente, tembló todo su cuerpo, desencajáronse sus ojos, y se desplomó sobre las almohadas presa de horribles convulsiones.

—¡Ah! ¡es la muerte! ¡La muerte, que viene más aprisa de lo que yo la esperaba; murmuró D. Venancio con angustia, al mismo tiempo que sostenia entre sus brazos el cuerpo del anciano, que se destrozaba entre violentas convulsiones en su magnífico lecho esculpido.

Poco á poco se fué calmando aquella violenta crisis; pero al querer hablar el pobre enfermo, le faltó la palabra á causa de su extrema debilidad.

No obstante, hizo un esfuerzo, y buscó debajo de sus almohadas algun objeto.

—¿Quiere V. algo? le preguntó con dulzura el sacerdote.

—¡Sí! ¡sí! ¡una llave... una llave...!

—Aquí está, dijo el doctor sacándola de entre las ropas.

—Pues bien... esa llave es la de aquella

papelera que está allí, dijo el duque señalando un magnífico mueble de ébano con relieves y remates de bronce: dentro de ella hay un cofrecito de plata... que contiene un paquete de papeles sellado con lacre negro... Cuando yo muera... abridlo en presencia de mis nietas... de un notario y de cuatro testigos, cuyos nombres hallareis escritos en un papel separado y que se halla tambien dentro del cofrecito...

—Se hará como lo deseas, dijo D. Venancio; pero ahora, añadió acercando á los marchitos labios del duque una cucharadita de un licor dorado que vertió de un frasco de oro que llevaba en el pecho, ahora, toma esto y descansarás.

El duque tragó con esfuerzo la pocion benéfica que su amigo le presentaba.

Un instante despues, cerró los ojos, hizose su respiracion casi igual y tranquila, y se durmió profundamente.

—¡Duerme! dijo el médico contemplándole con hondo dolor: ¡duerme, mi noble bienhechor, mi idolatrado amigo! ¡Duerme, pobre mártir, y pluguiese al cielo dejarte morir sin despertar!

Tomó, al decir estas palabras, la enfla-

quecida mano del anciano, que salia de entre una nube de encajes y batista: la besó dos veces con infinito amor, y despues, apoyando en ella su frente, aquel hombre tan fuerte, tan severo, rompió en amargos sollozos.

## VII.

Niña mia, si eres una inocente lectora la que tienes mi libro en la mano; niña mia, ¿has visto alguna vez una pequeña aldea de esas que parecen una paloma blanca que ha detenido su vuelo en medio de los campos?

¿Verdad que es bonita la vista que presenta á las diez de una mañana de Febrero, cuando ya el sol calienta las secas ramas de los árboles y los pajaritos se posan en ellas cantando con alegría?

¿Y sabes tú lo que canta la alada tropa? ¿No? Yo te lo diré: yo, que he amado siempre mucho más el campo que las ciudades, y que he sido amiga, desde que nací, de los pajarillos.

Quando yo era niña pequeña, y aun cuan-

: